



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

INTRODUCCIÓN.

¿Ha muerto Dios? Nó; dicen ellos.

Para tener el derecho de morir, es preciso haber vivido. Dios no ha existido jamás sinó de nombre. No es que el nihilismo religioso niegue á Dios: negarlo, implica que podría afirmarsele.

Dios es simplemente *lo inconocible*, no lo desconocido, porque esto podría inspirar derecho al examen. La ciencia misma no hace sinó proceder de lo conocido á lo desconocido: ¡Pero *lo inconocible* es casa vacía, puerta cerrada; tocad; nadie os oye!

No queda, pues, otra solución, que rechazar toda idea de Divinidad, por la cuestión previa que envuelve. Hagamos tratados de filología, y muramos provistos de los Sacramentos de la Iglesia. *Lo inconocible* de esta Escuela no es, en el fondo, sinó *lo incomprendible* de la Teología.

Dios se escapa á la ciencia, dice el uno. También se escapa á la razón, dice el otro. Ambos colocan un centinela á la puerta del problema para impedir al espíritu humano que penetre en él. ¿Basta, empero, que se afirme *á priori* que una cuestión es insoluble, para que el hombre renuncie á buscar su solución? Pero él la ha

perseguido siempre, por el contrario, y no ha tomado aliento ni reposo hasta el día en que ha creído haberla encontrado.

¿Qué se entiende pues, por Dios?

Quien dice Dios, nada dice. Una palabra nada expresa, sinó por el sentido que contiene. Ahora bien; el sentido atribuido á la palabra Dios, varia de siglo en siglo; y en el mismo siglo, de pueblo en pueblo; y en el propio pueblo, de individuo en individuo, en relación al grado de desarrollo de cada inteligencia. Existido han otros tantos dioses, cuantas razas ha habido debajo del sol, y etapas de civilización en el camino indefinido del progreso.

El hombre es un sér religioso, y todavía más, lo es por su propia esencia. El animal vive y muere, pero no conoce que vive, ni que debe morir. No tiene ni la conciencia de su vida, ni la prsciencia de su fin. Si se supusiese que le asistiera una idea vaga de lo uno y de lo otro, ellas no podrían tampoco influir sobre su destino. El hombre, por el contrario, sabe anticipadamente, que tiene que morir y repugna esta idea. El no puede creer que la previsión de la tumba, como prerrogativa de su inteligencia, le haya sido concedida, para hacer de su vida una prolongada agonía moral, y una incesante condenación á muerte, cuyo toque de campana suene en su oído á cada hora, como para darle el goce anticipado de gracia, y el primer puñado de tierra arrojado sobre su féretro.

La muerte no ha sido jamás para él, sinó un vigia severo apostado sobre la frontera de dos mundos, y una invitación á pensar en lo que está más allá, y en lo que sucederá después.

Tiene demasiada alta opinión de sí mismo, para admitir que un hoyo en la tierra y el vacío encima puedan ser la última palabra del sér que ha amado, y que ha pensado. La yerba brota sobre el campo de un cementerio sembrado con un cadáver más; el rocío del cielo sobre ella se esparce, y el misterioso laboratorio de la tierra vuelve á absorber el componente químico de lo que fué una inteligencia, y no es ya sinó azoe ó fósforo.

En todos tiempos y á la mayor distancia que la Historia puede remontarse en lo pasado, el hombre ha creído en una especie de supervivencia que ha podido cambiar de forma ó de escena, pero que, no por eso, deja de ser una protesta de la necesidad de lo inmortal contra toda idea de la nada.

Desde que el espíritu humano ha dado una ojeada sobre el mundo, y á través del flujo y reflujo de todo lo que ve y siente, ha podido tener una noción más y más racional del tiempo y del espacio, se ha preguntado á sí mismo, sobre lo que preexiste, lo que vuelve á comenzar y lo que constituye la ley de solidaridad entre la humanidad pasada y la humanidad presente; y, presente ó pasada, contemporánea siempre, siempre nueva, y la misma sin cesar, ha encontrado su historia en la conciencia, al mismo tiempo que en la memoria.

Cuando viene á formularse cuestión semejante, ó mejor dicho, á imponerse en la reflexión, tiene derecho á otra respuesta muy distante de la de inadmisibile: y esa respuesta ha sido dada al mismo tiempo que se ha hecho la pregunta, y siempre con una sola palabra, ¡Dios!

sin perjuicio de explicar su pensamiento en un sentido más amplio, á medida que la humanidad ha dado mayor latitud á su inteligencia. El cerebro humano es el primer templo de la divinidad, y si Dios no habitase en él ¿en dónde podría tener su asiento?

La religión nacida con el hombre, y su compañera inseparable al través de los siglos, ha seguido las diversas vicisitudes de la incesante evolución del progreso; porque el hombre es un sér siempre en vía de formación; su propio creador á la vez que su propia criatura. La naturaleza, desde el primer momento se le mostró liberal contra sus rigores. Había provisto de antemano á las necesidades de los otros animales: ¿eran herbívoros? La sábana ostentaba en toda su extensión su alfombra de verdura, y no tenían más que bajar la cabeza y ramonear: ¿eran carnívoros? bastábales dar un salto ó un aletazo para alcanzar su presa en el espacio solar.

El hombre, por el contrario, es el grande hambriento de la creación, y es preciso que saque su alimento de recursos propios, ó que de cualquier manera lo invente; pero tiene consigo una armadura invisible, mucho más poderosa que las garras de la pantera, ó la uña del buitre. Piensa, y de cada una de sus reflexiones, saca el hacha, la flecha, la lanza, en una palabra, todo un arsenal, para su lucha por la existencia. Pero antes ha debido desmenuzar ampliamente el tiempo, y pasar por el doloroso aprendizaje de los períodos prehistóricos, salvajes, pastorales, agrícolas y civilizados.

El hombre no ha visto á Dios sinó á través

de la naturaleza, que era la única teología inteligible para él, y según que aquella lo tratase bien ó mal, así creía en un Dios bueno, ó en un Dios malo. El salvaje, ó el hombre reducido al mínimum de existencia intelectual, apenas armado, ó mal armado, tiene, sin cesar, que luchar con algún enemigo oculto; contra el hombre, primero, y después, contra el carnívoro, de quien llega á ser, á su vez, la víctima: entonces cree en un Dios cruel que le infiltra el dolor por todos los poros, y se lo representa bajo la forma de Fetiche. A este aborto de Dios es al que dirige su primera oración; y lo supone ávido de asesinatos porque ve la muerte por todas partes, y oye sin cesar, crujir los huesos del devorado bajo el diente del devorador. Procura conjurar el furor del sacrificador divino por medio de la postración, es decir, por el martirio de su semejante; y su primer altar ha sido el pedrusco regado con sangre humana.

Pero, á medida que, con la marcha del tiempo, nuestro infatigable colaborador, el hombre, se alejó, más y más, de la opresión del sufrimiento y de las probabilidades de la muerte, adquirió mejor opinión de la Divinidad, é introdujo al Dios bueno al lado del Dios malo. Y así, prolongado el tiempo en que la balanza le pareció oscilar entre el bien y el mal, llegó para él la coexistencia de las dos Divinidades bajo el mismo pié de igualdad. No hay teogonía que no haya seguido, desde entonces, la huella de este dualismo: Siva y Brahmá, Arimau y Ormutz, Typhon y Osiris, Moloch y Jehovah, Saturno y Júpiter. Entre tanto, el malestar superaba todavía al bienestar, y su acción combi-

nada tomó, entonces, el nombre de *fatalidad*.

El hombre, á pesar de todo, rescatado, de siglo en siglo, de su estado de inferioridad por su genio de invención, domina, á su vez, á la naturaleza que se lo había enseñoreado. Dios se le aparece bajo una fisonomía más simpática: el Dios malo se aleja para dar lugar al Dios benévolo; pierde su apodo de fatalidad, para tomar el de Providencia; la acción de gracias sucede á la súplica, y la ofrenda al holocausto.

En el estado salvaje, el canibal sacrifica el hombre á Dios: en el estado pastoral le sacrifica una cabeza de ganado; en el estado agrícola no es ya la sangre lo que corre sobre el altar, ni la carne del hombre ó del rebaño lo que él ofrece á la Divinidad; es la flor de la mies, es el pan, es la copa de vino; y en fin, el fuego purificador, este primer redentor de la humanidad, toma el lugar de honor en la liturgia. La religión no ha sido, pues, en lo pasado, sinó la apoteosis sucesiva de todos los progresos de la Historia; fué pasando de dioses en dioses, como el espíritu humano ha ido subiendo hasta el verdadero Dios; ó mejor dicho, á una concepción más elevada de la Divinidad.

Los dioses mueren, pero Dios no muere. Parece que desciende á la tumba, pero levanta inmediatamente la losa que lo cubre, y dejando en el sepulcro los hierros de la muerte, es decir, los símbolos del pasado, vuelve á aparecer en el esplendor de su trasfiguración. Es á un tiempo el Dios sepultado, y el Dios resucitado, que convoca á la resurrección los espectros de los cultos antiguos.

No podría negarse que en nuestra época pasa

por el aire un soplo de ateísmo. Se han puesto en boca de Dios recientemente, y se le han atribuido tales tonterías, que hay para excitar disgusto y alejamiento á los hombres de imaginación. Un papa cataléptico, con frecuencia acometido de crisis de palabras, ha derramado en sus accesos de *vómito negro* tantas olas de bilis contra la razón, contra la libertad, contra la civilización moderna, contra la revolución francesa, y contra todo lo que constituye la dignidad y la moralidad del hombre, que las generaciones nuevas, indiferentes hasta aquí, ó cuando menos satíricas, han lanzado á este culto oscuro y triste como el graznido del buho, desafío por desafío; y por espíritu de represalias, han relegado á Dios en las tenebrosas soledades de lo inaccesible.

La Nada por arriba, la Nada por abajo, en el medio un indefinido desierto moral, donde vagan, á la ventura, sombras humanas que lloran, que ríen, que danzan, que callan, que cantan, que gimen, que hablan, que escuchan, que escriben, que leen, que trabajan, que juegan más ó menos felizmente el azar de la vida en el gran garito del mundo; y hé aquí todo lo que los desilusionados del pensamiento Divino tienen que ofrecernos en cambio del ideal perdido: pero el hombre vale más que esto.

El que lleva consigo el sentimiento de lo infinito, y le otorga una parte de su existencia, ha construído sobre la colina una casa de muchos pisos; observa desde más alto, y abraza con su mirada un horizonte muy vasto; pero aquel que, por el contrario, considera la sublime ansiedad de lo ideal como una enfermedad del

espíritu, no habita ni se mueve sinó en los bajos del edificio. Puede instalar allí, es verdad, un horno de química. ó una mesa de disección; puede sacar de la materia confesiones preciosas para el conocimiento de los carbonatos ó de las membranas; lo admiramos, y lo compadecemos á un tiempo, porque algo le falta.

Pero ¿qué es este algo que le falta, y en qué santuario se encuentra? Arrojad los ojos sobre el mapa de las religiones: todas permanecen acantonadas en sus antiguas fronteras. Católicas ó reformadas no pueden ya convertir sinó ser convertidas. La religión judaica se codea hace mil ochocientos años con la religión cristiana, sin que Cristo haya podido, jamás, absorber á Moisés. La civilización musulmana retrocede cada día más, ante la civilización europea; pero ¿puede esperarse, á pesar de esto, que la cruz haya de reemplazar á la media luna sobre la punta del Minarete? El protestantismo inglés con su ardiente espíritu de proselitismo posée el vasto teatro de las creencias Indias, ha sembrado allí con profusión sus escuelas, y expedido cargamento de Biblias para propaganda; pero ¿ha llevado á la India el Evangelio?

Así, la civilización europea, esta vanguardia de la humanidad, ha podido invadir los otros continentes y llevar á ellos nuestros cañones, nuestras artes, nuestras industrias, pero ella no puede darles su Dios. Hubo, sin embargo, un tiempo en que las religiones tenían el dón de la conquista, é iban á través de los mares y de las montañas á reclutar nuevas razas, por más que hubiesen llegado al centro de aquellas, no

con las armas en la mano y al estrago de las victorias, sinó guiados por un creyente, frecuentemente cubierto de polvo, y que no llevaba consigo más que el bordón y el manto agujereado del Apóstol.

Pero, hoy, alégrese ó entrístézcase la humanidad, el mundo no es más que el hospital de las religiones viejas, que, al mismo tiempo, atacadas de una fiebre lenta de consunción, han perdido todas, su poder de expansión en el espacio; sienten, día por día, que se les retira la vida, y recostadas unas en otras, se incorporan de tiempo en tiempo para mirarse con la palidez de la muerte sobre la frente, y dejarse caer de nuevo sobre su lecho de agonía.

A no fijarse hoy sinó en la Francia, sin duda que allí sólo se acude á la iglesia por la misa ó el sermón, y hay, además, cierta recrudescencia de devoción que únicamente hormiguea en la superficie. Se piensa siempre creer, pero no se cree ya en realidad, ó bien, no se cree sinó por hábito. ¿Debe concluirse de aquí que el instinto de lo divino que ha inspirado á la humanidad, ha desaparecido, ó está para desaparecer? Guárdemonos de pensarlo. Cuando la duda sopla en el alma humana, se siente allí demasiado frío, que tiene necesidad de un rayo de lo Alto para calentarse.

La religión tiene, también, sus estaciones. El otoño llega á pasos silenciosos como una ronda nocturna á barrer la vida con su presencia, y entregar la tierra al reposo. La bruma invade la atmósfera; extingue por todas partes la forma, é inculca en todo la apariencia de un fantasma. El sol empobrecido de su luz por algunas

horas, hace de tiempo en tiempo, una corta aparición entre dos nubes, y sus rayos desfallecientes sobre las cimas descuajadas de las florestas tienen toda la melancolía del último adiós.

Las cornejas vuelan á bandadas por encima de las llanuras y lanzan su grito siniestro como un desafío á toda esperanza de renacimiento de la Naturaleza; y cuando la noche llega, el cielo, en vez de iluminar con sus estrellas, lámparas etéreas del Infinito nuestras cabezas, se funde en neblinas que forman espectros de los árboles, para liquidarse de rama en rama sobre las hojas secas que, una á una, van cayendo, y exhalando á cada lágrima, una nota sorda de indecible tristeza.

Viene enseguida el invierno: la nieve desciende arremolinada sobre la tierra, y ahoga hasta el más leve rumor de vida. El hombre pasa silencioso como una sombra por encima del suelo enmudecido: el sol se ausenta; la rosa no florece más; la viña no madura ya: hé aquí la hora *de requiem* de la Creación.

Pero en medio de este mutismo, de este adormecimiento de la Naturaleza, la savia de la vida se cobija y fermenta aún; repara sus fuerzas en silencio, y las prepara para nuevas obras y más fértiles mieses; y luego, no tarde, al primer rayo de la primavera que la irradia, hace su explosión con inagotable munificencia; y las flores brotan del campo como joyas escondidas en misterioso secreto, y el sol vuelve á ostentarse; y todos los ecos del espacio entonan, al través de la festiva Naturaleza, el himno de la resurrección primaveral.

¿HA MUERTO DIOS?

I

La Iglesia Católica ha sido, desde su principio, la religión Cristiana: ¿qué es ella hoy? No busquéis en su seno al Cristo, sólo encontraréis, al sacerdote.

Su ministro, es en efecto, el que, en ese culto, toma el lugar de Dios, y reina en el cielo como en la tierra; él, quien hace y deshace el dogma; él, quien liga y desliga, el que abre y el que cierra, á su voluntad, la puerta de la salvación.

Se apodera del niño al salir de las entrañas de la madre para lavarlo en el agua del bautismo. Le pone un nombre de santo para inculcar á la familia que tiene dos padres, uno según la carne, y otro según el espíritu. Después de algunos años, cuando el niño sabe hablar sin acertar á comprender, la Iglesia Romana lo catequiza para prepararlo á la primera comunión; y apenas llega á la edad núbil, lo vuelve á tomar por la mano para casarlo ante el altar. Más tarde, cuando la hora de la agonía se acerca, ella misma acude al lecho del moribundo para ponerle sobre la frente una gota de aceite; arras-